

DIAGNÓSTICO DE MUERTE DE AMBROSE BIERCE (1910)

-No soy tan supersticioso como algunos de tus colegas de ciencia, como tú te complaces en decir -dijo Hawver, contestando una acusación que no había sido hecha- Algunos de ustedes, sólo algunos, confieso, creen en la inmortalidad del alma, y en apariciones que tu no tienes la honestidad de llamar fantasmas. No voy decir más que tengo la creencia de que a veces los vivos se pueden ver donde no están, en lugares donde estuvieron, donde ellos vivieron mucho tiempo, quizás tan intensamente, como para dejar sus impresiones en todo lo que los rodeaba. Lo sé, en efecto, puede ser que un ambiente pueda ser tan afectado por la esencia de una persona como para impresionar, tiempo después, su imagen a los ojos de otros. Sin dudas, la personalidad impresa tiene que ser el tipo justo de personalidad y los ojos que la perciben tienen que ser el tipo justo de ojos, los míos por ejemplo.

-Sí, el tipo justo de ojos, sensaciones convincentes del lugar erróneo del cerebro -dijo el Dr. Frayley, sonriendo.

-Gracias; uno gusta tener sus expectativas gratificadas; esto es en réplica de lo que yo supongo que haría alguien civilizado.

-Disculpa, pero tú dices que lo sabes. Es algo fácil de decir, ¿no crees? Quizás debieras decirme cómo lo supiste.

-Tu lo llamarás alucinación -dijo Hawver,- pero no es así -y le contó la siguiente anécdota.

El último verano, como sabes, fui a la ciudad de Meridian. Los parientes en cuya casa planeaba instalarme estaban enfermos, así que busqué otros cuartos. Luego de algunas dificultades alquilé una de las habitaciones libres que antes ocupaba un excéntrico doctor de apellido Mannering, quien se había ido varios años atrás, nadie sabía adonde, ni siquiera su agente. Había construido una casa y vivido allí durante diez años, acompañado por un viejo sirviente. Su práctica, no muy extensa, lo mantuvo ocupado durante algunos años. Pero se vio recluido de la vida social y se convirtió en un hermitaño. Un doctor del pueblo, que fue la única persona que tuvo alguna relación con él, me contó que durante su retiro, se hizo devoto de una única línea de estudio, y expuso sus resultados en un libro que no fue recomendado a la aprobación de sus colegas médicos, quienes, sin embargo no lo consideraron enteramente sano.

No tuvo oportunidad de ver el libro y no pudo recordar su título, pero me dijo que exponía una teoría extraña. Decía en él, que era posible que una persona de buena salud pudiera pronosticar su propia muerte con precisión, varios meses antes del evento. El límite, creo, eran dieciocho meses. Hubo cuentos locales sobre que había ejercido sus poderes de pronóstico, que quizás tú llames diagnóstico; y que las personas a las que advirtió el deceso, murieron súbitamente en el plazo fijado, sin causa conocida. Todo esto, por cierto, no tiene nada que ver con lo que te dije; pienso que puede divertir a un médico.

La casa estaba amueblada, tal como él había vivido. Era una oscura morada para alguien que había sido más que un estudiante, un recluso y creo que me transmitió algo de su carácter, quizás algo del carácter de su anterior ocupante. Siempre sentí una cierta melancolía que no estaba en mi disposición natural, probablemente, debido a la soledad. No tenía sirvientes que durmieran en la casa, pero siempre tuve la adicción, como sabes, a la lectura. Cualquiera que fuera la causa, el efecto fue un rechazo y un sentido de mal inminente; especialmente en el estudio del Dr. Mannering, a pesar de que esta habitación era una de las más luminosas y aireadas de toda la casa. El retrato a tamaño natural del doctor parecía dominar completamente el ambiente. No había nada inusual en la

imagen; el hombre evidentemente lucía bien, de unos cincuenta años de edad, con cabello gris metalizado, la cara recién afeitada y sus ojos oscuros y serios. Algo en esa imagen siempre atrapaba mi atención. La apariencia del hombre se convirtió en familiar para mí, hasta diría que me 'hechizó'.

Una tarde estaba atravesando esta habitación para ir a mi dormitorio, con una lámpara (no había gas en Meridian). Me paré, como era frecuente, frente al retrato, que a la luz de la lámpara parecía cobrar una nueva expresión, casi indescriptible, pero realmente escalofriante. Me interesé pero sin inquietarme. Moví la lámpara de un lado a otro y observé los efectos que provocaba el cambio del punto de iluminación. Mientras estaba absorto sentí el impulso de darme vuelta. Y cuando lo hice vi a un hombre que se movía a través de la habitación hacia donde estaba yo! Tan pronto como él se acercaba a la lámpara su rostro se fue iluminando, y reconocí que era el Dr. Mannering en persona; iera como si el retrato estuviera caminando!

'Le pido disculpas', dije, algo fríamente, 'pero si usted golpeó no lo escuché'.

Él me pasó, dentro de una braza, extendió su dedo índice como en advertencia, y sin una palabra, se marchó, a pesar de que observé su ida no más que lo que vi su entrada.

Por supuesto, no necesito decirte que esto probablemente tú lo llamarías una alucinación y mientras que yo la llamo una aparición. Esta habitación tiene sólo dos puertas, una estaba cerrada; la otra llevaba al dormitorio, desde donde no había otra salida. Tengo la sensación de que esto no es una parte importante del incidente.

Sin dudas te parecerá un lugar común "el cuento de fantasmas" algo que uno construye sobre las líneas dejadas por los viejos maestros del arte. Si así fuera, no te lo hubiera contado, aún siendo verdad. Pero el hombre no está muerto; lo conocí hoy mismo en la Calle Unión. Me cruzó entre una multitud.

Hawver finalizó su historia y los dos se quedaron callados. El Dr. Frayley distraídamente golpeó la mesa con sus dedos.

-¿Te dijo algo hoy, -preguntó- alguna cosa que te haya hecho creer que no estaba muerto?

Hawver lo miró fijamente y no contestó.

-Quizás -continuó Frayley- él hizo alguna señal, un gesto, alzó un dedo. Es un truco que él tenía, un hábito cuando decía algo serio, anunciando el resultado de un diagnóstico, por ejemplo.

-Sí, lo hizo, su aparición lo hizo. Pero, ¡por Dios! ¿Lo conocías?

Hawver empezaba a ponerse algo nervioso.

-Lo conocí. Leí su libro, como todo médico de hoy en día. Es una de las contribuciones más importantes del siglo a la ciencia de la Medicina. Sí, lo conocí; lo traté en su enfermedad durante los últimos tres años. Él murió.

Hawver buscó una silla, notablemente incómodo. Dio un par de zancadas y se sentó. Luego se dirigió a su amigo, y en una voz no muy clara, dijo:

-Doctor, ¿tiene usted algo para decirme como médico?

-No, Hawver; eres el hombre más saludable que conozco. Como amigo te recomiendo que vayas a tu habitación. Tocas el violín como un ángel. Tócalo, toca algo alegre y jovial. Olvídate de todo este asunto.

Al día siguiente Hawver fue hallado muerto en su habitación, el violín en su cuello, el arco sobre las cuerdas, su música se escuchó antes de la Marcha Fúnebre de Chopin.

Ambrose Bierce (1842-1914)

MERIDIANO LOCAL DE CHAMICO (DE NALÉ ROXLO)

Nada era en mi pueblo más difícil que saber la hora. Contábamos con tres relojes públicos, pero no se podía contar con ninguno.

El de la Municipalidad, debido sin duda a la índole progresista de la institución, se lanzaba hacia el futuro a más de noventa minutos por hora, ansioso de superar el atraso de la época.

Pero ésta es una versión mía. La que daban las autoridades es que habiendo la casa vendedora garantizado su exactitud por diez años, convenía esperar que pasaran nueve y hacer entonces la reclamación. De ese modo se podría cobrar una fuerte suma por daños y perjuicios causados por todas aquellas horas extras que la comuna pagaba a sus empleados con el intendente a la cabeza.

En mis tiempos este adelanto era de siete meses.

La casa vendedora del reloj desbocado operaba tranquila y confiada en la Capital, ignorando aquel pleito que se le venía encima. El escribano local tomaba debida nota de todo y cobraba sus honorarios con el adelanto de práctica.

Cuando un abogado veraneante, pues en el pueblo no los había, dijo que aquello era el disparate jurídico más enorme que había oído en su vida y que el escribano era un vivillo, se le respondió con el olímpico desprecio que reservaban las autoridades para todo lo que olera a oposición. Y el reloj municipal siguió dejando caer horas futuras, sueldos y papel sellado.

Con el reloj de la iglesia ocurriría lo contrario: atrasaba.

El cura párroco, para no ser tachado de oscurantista y retrógrado por los liberales, trató de hacerlo arreglar. Llamó a don Hércules Piccolo, el único y tradicional relojero del pueblo. Don Hércules era tan viejo que decían las malas lenguas que había comenzado arreglando relojes de arena.

El padre Custodio, al verlo tan viejecito, tembleque y cegatón, tuvo miedo de encargarle la riesgosa empresa de subir a la torre del reloj, pues pensó que era empujarlo a una muerte segura, y optó por darle a componer su antigua cebolla de plata, que andaba perfectamente, sabiendo que ya no volvería a marchar como la gente, pues a don Hércules ya no le daba la vista para esas cosas.

Llamar a un relojero de fuera era imposible sin ofender al viejo, al que le quedaban tan pocos años de vida...

Y el reloj de la iglesia siguió marcando un tiempo lento y grave, un tiempo de otro tiempo.

El tercer reloj era el de la estación, hermosa máquina de fabricación suiza que marchaba como un reloj, sin permitirse ninguna fantasía hacia el pasado ni hacia el porvenir. Y él hubiera sido la salvación horaria del vecindario de estar colocado en cualquier otra parte, pero, ¡ay!, estaba en la estación y tenía que solidarizarse con la marcha de los trenes. Me explicaré.

El ramal ferroviario que pasaba por nuestro pueblo tenía tan poca importancia, que los escasos pasajeros que lo frecuentaban, lo hacían con el temor constante de que el maquinista se olvidara de doblar en la curva correspondiente, cosa que había ocurrido varias veces.

Con frecuencia la empresa se olvidaba de ponernos en los horarios, lo que era muy doloroso para nuestra dignidad. Se nos despachaba a veces con boletos con el nombre de otra estación o manuscritos, pues se habían olvidado de imprimirlos.

En tales circunstancias, lo más natural era que los trenes llegaran siempre a destiempo y a contrahorario.

Harto el pobre jefe de oír las quejas de los viajeros y de los que iban a pasear a la estación a la llegada de los trenes, que eran los más exigentes, optó por mover con sus propias y resignadas

manos las manecillas del reloj de acuerdo con las circunstancias. Si el mixto de las nueve y trece venía con una hora de atraso, el jefe acomodaba el reloj desde que tenía la noticia de demora. Y así los concurrentes a la estación, que se habían guiado por los otros relojes anárquicos, no sabían a ciencia cierta con qué retraso llegaba el tren y las quejas se detenían al borde del libro de quejas.

Pero, se dirá, ¿nadie poseía reloj de bolsillo?

Claro que sí, muchos vecinos lo tenían y hasta de tres tapas. Los traían de la ciudad muy en su punto, pero al poco tiempo comenzaban a desorientarse en aquella anarquía de relojes públicos y a poco les resultaban tan inútiles, tan inaptos para la vida como si estuvieran rigiéndose por el meridiano de Greenwich.

Como siempre ocurre, el pueblo encontró su *modus vivendi*. De día, se guiaba por el sol, de noche, por el canto de los gallos, y para actos más o menos públicos, casamientos, funciones teatrales, entierros, remates y demás, se aclaraba en la invitación: hora municipal y hora religiosa, según fuera el caso.

Comprendo, lector, que encontrarás alguna imprecisión en este relato, pero ¿se le puede exigir mucha exactitud a un hombre cuya infancia fue regida por tales relojes?

Extraído del texto **MI PUEBLO**,

© Ediciones Colihue



Infantiles

Un cuento de amor y amistad

de Luis María Pescetti

Pablo, el que hacía caca en un establo, le dijo a Inés, la de la caca al revés, si quería jugar con él y con Rubén, que hacía caca en un tren. Inés estaba con Sofía, la que hacía caca todo el día, y le contestó que no. Pablo, el de la caca para el diablo, se enojó. Justo pasaba por ahí, la maestra Teresa que hacía caca con frambuesa, y le dijo:

-Pablo, el que hace caca cuando le hablo, no le digas así a Inés, la de la caca de pez. Mejor vete a jugar con Luis, el de la caca y el pis, o con Gustavo, el de la caca por centavo.

Pablo le contestó:

-Señorita Teresa, que hace caca con destreza, lo que pasa es que ellas, las que hacen caca tan bella, nunca quieren jugar con nosotros, que hacemos caca con otros. Las invitamos y no quieren y a nuestra caca la hieren.

La maestra Teresa, que hacía caca en una mesa, miró con mucho cariño a Pablo, el que hacía caca en un vocablo, y le preguntó:

-¡Ay tesoro, el que hace caca de lorol! ¿No será que estás enamorado de ellas, que hacen caca con estrellas?

Justo llegaba Tomás, al que la caca das, y cuando oyó eso le dijo a la señorita, que hacía caca tan finita:

-Es verdad maestra, la que la caca le cuesta, él está muy enamorado de Sofía, la que hace caca en las vías...

Y Pablo, que no estaba enamorado sino enamoradoísimo, se puso colorado de enojo y les contestó:

-¡No es cierto! ¡Y tú, Tomás tomalosa, que hace la caca en Formosa, tú gustas de Inés, que hace una caca por vez!

-¡Mentiroso! ¡Mira, Pablo pableta, que hace caca en bicicleta, mejor te callas!

La señorita Teresa, que tenía caca en la cabeza, los miró y les dijo:

-Pablo Pablito, caca de pajarito, y Tomás Tomasito, caca de perrito, ustedes son amigos y no tienen que pelearse ni por la caca enojarse. Por ahora vayan a jugar entre ustedes, que ya va a llegar el día en que esas niñas, con la caca en trensiñas, los buscarán para jugar.

Pablo y Tomás, salieron corriendo abrazados, haciendo caca de parados, y se olvidaron de preguntar si trensiñas quiere decir algo o nada más lo inventó la señorita haciendo caca con palabritas.

En Nadie te creería

© 2004, Editorial Alfaguara

Arañanana

de Liliana Moyano

Teje la araña a capella,
tela y nana,
nana y tela
para la cría que espera.

Punto arroz
en sol bemol,
punto nido
en sostenido.

A capella teje la araña,
en punto cruz,
en santa clara,
hilvana, tela y nana.

En Nanas para bichos inquietos.

© 2006, Editorial Comunicarte

Coplas de hadas de Cecilia Pisos

Con las alas replegadas,
se va a caballo del viento
el hada de la mañana
con sus cabellos bien sueltos.

Salió un hada a la mañana
en carrera con el sol.
Llegó segunda a la noche:
la luna se le adelantó.

En la punta de una estrella,
se quemaba los picitos
un hada pequeña y bella,
gritando y a los saltitos.

Si las hadas no volaran,
nadarían con alas
como peces de aire claro
con burbujas de palabras.

En Las hadas sueltas

© 2002, Editorial Sudamericana



Ilustraciones Gustavo Aimar * Compiladora: Margarita Eggers Lan